



¿Dónde está Miguel? - Conmoción y mandato

Carlos Giordano

Question/Cuestión, Nro.75, Vol.3, Agosto 2023

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

¿Dónde está Miguel? - Conmoción y mandato

carlos giordano

Miguel Brú es un estudiante de Periodismo y Comunicación Social que nos sigue faltando desde que lo detuvieron, lo torturaron hasta la muerte (dicen y demuestran sus/lxs compañerxs) y lo desaparecieron, hace 30 años.

La categoría criminal de la desaparición forzada no deja de suceder nunca hasta que se resuelve por la consecuencia de militantes (muchas veces familiares y amigos que se constituyen en tales como un mandato que excede el mero vínculo inicial) que logran desenmarañar la urdimbre laboriosa con que los criminales ocultan el cuerpo, la historia, las constancias, los materiales de la vida, la vida, logrando ese estado de permanencia -tanto de lo desaparecido como la consumación de la acción desaparecedora-.

El/La/Los/Las criminal/es no dejan de cometer el crimen, por lo tanto lo hacen lesa en su individualidad y también en su universalidad al suceder todo el tiempo, al hacerse permanente amenaza con su extensión total. El crimen de la desaparición, forzada no sólo para intentar la no imputación personal sino, sobre todo, para amenazar a cualquier sucedáneo, semejante, parecido, copia buena o mala, a todos y todas, de que ni lo intenten porque si no la Justicia no los alcanzará, no los salvará, no los protegerá, no los reivindicará, no los hará prócer ni mártir.

Miguel Brú no estaba armando una rebelión colectiva (en principio), ni estaba militando armado para una revolución, ni para una guerrita, ni una guerrilla, ni una guerra (de las que

conocimos y conocemos). Era distinto en su modo de callar y también en sus modos de fumar. Parecido a Jorge, a Carolina, a Alberto, a Antonia, a Josefina, a Silvina. Pero también parecido a lo que ya no éramos Luciano, Florencia, Jorge y hasta yo mismo. Y parecido, en muchos rasgos, a Rosa y a Néstor, a Guillermo, a Diana, a las mellizas Silvina y Paola. Y distinto a todos y todas, como todos y todas somos distintxs a cada quien según hayamos vivido.

Miguel era aquel del 16 de julio de 1970 cuando nació en Pigüé y es el de La Plata hasta que nos demuestre que se ha radicado en otro sitio.

Miguel estaba escribiendo canciones, cantándolas, proponiendo unos caminos colectivos a sus amigos y allegados. Entraba al aula de vez en cuando y salía siempre antes de que alguno de nosotrxs pudiera enlazarlo en alguna de esas tareas adocenadoras de lo disciplinar, de lo “profesional”.

Miguel, con esto, no era excepcional. Era uno de muchos y muchas estudiantes que iban y venían en sus constancias “educativas” en aquellos años ochentasnoventas. Era evidente que era amigo de unos y unas cuantxs. Siempre tenía algún defensor de sus ausencias áulicas, estudiantiles. Pero, insisto, no era tan distinto a otrxs y otrxs que producían el pasillo de la planta baja del edificio de calle 44 N°676, ni del subterfugio de la puerta del número 676 y medio.

Pero sí se congeló en nuestras pupilas y recuerdos con aquellas imágenes de sus 23 años.

Algunxs no pudieron menos que hacerlo presente para que no suceda el Olvido (ese que sólo es posible si hay un pacto social para que tenga vigencia), otrxs marcamos el calendario y fue el/un nuevo parteaguas de nuestras historias, otrxs, muchxs, han anualizado su memoria, y otrxs simplemente no lo olvidan y punto, sin mucho más.

Pero, por fin y no de final, el momento en que desapareció fue la última oportunidad de una inocencia aparente que parecía suceder aún ante tantas evidencias trágicas: el largo y omnipresente brazo del terrorismo genocida que tuvo en la última Dictadura nuestro Séptimo Círculo dantesco, descerrajó cualquier anteojera y nos parió al dolor completo, ese humano

que pensó y ejecutó Auschwitz y también La Piedad, ese que produjo el bombardeo y la denuncia de Picasso sobre Guernica.

Y desde entonces hasta hoy, a todos y todas nos ha pasado Miguel por la vida, y nos sigue pasando.

Aquel que no fue distinto nos ha hecho distintos y nos sigue exigiendo que hagamos distinto todo lo hecho para que suceda algo distinto y el limbo no sea el único destino de la Historia.

Miguel Brú es el ejemplo de que cambio-joven-distinción-memoria-lucha no son una alquimia que resulta en un potencial falseamiento histórico. Con su juventud permanente, permanecida, ha erigido un imperativo moral y político que nos conmueve y mandata.

Mientras no aparezca (y ya hemos entendido), la cuestión es cada día más construcción colectiva para saber qué pasó, dónde está, quiénes más fueron; cada día más igualdad social ante las condiciones inequitativas de vivir, sobrevivir y hasta de morir; cada día más canciones y perros rescatados de la calle; cada día más denuncia de la más mínima violencia institucionalizada para preservar los intereses de los adueñados de la pelota... como lo quería Miguel.